

II.

**C**OMO nosotros creemos que lo que se ha convenido en llamar carácter, esa ley que rige fatalmente las acciones y los sentimientos de un individuo no existe, ni puede existir de un modo absoluto, porque aquellas y estos tienen que obedecer el impulso de las pasiones, pensábamos apartarnos de la regla general, y no hacer de antemano un retrato de Magdalena. Esto no es decir que Magdalena sea un personaje para quien no haya más regla que el capricho. La verdad, y si nos es permitido expresarnos de esta manera, la unidad ideal se halla en el fondo de esos cambios, como se halla cierto tipo en las facciones de los hombres ó de un individuo, á pesar de todos los cambios que las imprimen el estado del ánimo ó la edad.

La unidad, el carácter de los hombres, es una cualidad que no se puede apreciar sino en lo pasado, cuando el alma fatigada vuelve su vista hácia atrás y contempla la cadena de los sucesos que han pasado.

Sin embargo, como nuestros lectores, acostumbrados á

ciertas rutinas establecidas, podrian exigirnos el retrato de la heroína de esta novela, los satisfaríamos lo mejor que nos sea posible, á reserva de hacer observar una por una las variaciones de su corazon y su carácter.

Magdalena era una muchacha voluble, caprichosa y ligera; pero mas linda que un ángel, mas seductora que una maga, mas fresca que una rosa ántes de salir el sol, y mas sensible que un poeta.

Acababa de cumplir veintiun años, y su cuerpo habia adquirido toda la pompa y lozanía de la media edad, sin perder la morbidez y frescura de la juventud. No era alta, pero tampoco baja: su cuerpo era torneado, suave, incitador, y todos sus movimientos respiraban tal voluptuosidad, que se la hubiera tomado por una mujer de mundo, si no se echara de ver la inocencia en sus miradas y el candor en sus palabras.

¡Qué hermosa era la muchacha! su andar era lento y gracioso; su cintura un poco llena, tan perfectamente hecha, tan elegante, que se hubiera dado la vida por estrecharla con los brazos un instante. Su pecho saliente, parecia tan suave como la seda, tan blando que se percibian los latidos de su corazon; su piel era tan fina que á traves de ella se veían azulear las venas. La espalda, bastante ancha, formaba una curva tan perfecta, tan deliciosa con la cadera, que se la hubiera podido tomar por modelo; pero sobre todo, lo que tenia la jóven admirablemente formado eran los brazos y las manos.

Magdalena tenia los piés mas chiquitos y mas lindos que hemos visto; tan monos que hubieran causado la envidia de una niña mimada; pero parecia tener particular

empeño en ocultar esta divina perfeccion de su cuerpo, y usaba los vestidos siempre extremadamente largos.

Magdalena era rubia, sus cabellos parecian de oro, y sus ojos tenian el color, la transparencia y la profundidad de un mar apacible.

Eran unos de esos ojos grandes, rasgados, circundados de larguísimas pestañas, que parecen absorber la luz, para devolverla en mil chispas y relámpagos cuando se animaban; unos de esos ojos expresivos, pero variables, como el carácter de su dueño, que tan pronto parecian tristes, meditabundos, melancólicos, como se animaban hasta derramar lágrimas de placer y alegría; tan pronto parecian llenos de candor é inocencia, como brillaban malignos y preguntones; unos de esos ojos que fascinan cuando miran fijamente, ó infunden el contento en una reunion entera, cuando el alma que los domina está gozosa; unos de esos ojos, en fin, que siempre son hermosos, pero que podrian convertirse en sublimes, si la pasion llegara á inspirarlos.

Tal era Magdalena; tesoro de hermosura que no podria apreciarse con una sola ojeada, sino que era necesario estudiarlo con delicia. Hay mujeres á las cuales la naturaleza se complace en hacerlas bellas, y reúne en su cuerpo todas las perfecciones.

¿Cómo seria posible describir una de esas criaturas? Y luego ¿no os parece que hay algo de triste, de indecoroso en ese exámen de una mujer de los piés á la cabeza, sin respetar el misterio de sus formas, ni las sombras de sus velos? ¿No creéis que se destruye completamente la ilusion, arrancando así, uno á uno, con la punta acerada de

la pluma, los girones de aquel cuerpo para decir al lector: hé aquí cabellos mas finos que el hilo de la seda; mirad qué cútis, tiene algo de la blancura y la transparencia de alabastro, y sin embargo es mas suave, mas amoroso al tacto, que el raso; ¡oh! ¡qué dientes! ¿no podria decirse que son menudas perlas engastadas en coral? Ved esta mano..... ¡Ay! ¿qué es lo que queda despues de este exámen? ¡Un verdadero cadáver!

Por el contrario, ¿no hay en la imaginación de cada uno cierta imágen vaga, flotante, hermosa mas que ninguna descripcion, recuerdo de algun amor, promesa de una dicha, esperanza en el porvenir? y esta imágen no toma cuerpo y figura ante los ojos de nuestra alma, cuando por accidente nos formamos idea de lo bello?..... pues bien, ¿no creéis que esta imágen sea capaz de completar el retrato de una heroína? ¿no opináis como yo en este momento, que basta indicar las señales características y dejar que cada cual forme el retrato que mas conmueva su corazon?.....

Magdalena, ya lo hemos dicho, era la hija única de una viuda; y quedó huérfana desde el año de 1828, cuando apenas contaba cinco años. Su padre, honrado y valiente militar, murió en la revolucion de la Acordada, dejando sola en el mundo á su familia, sin mas amparo ni recursos que un mezquino montepío de capitán.

La madre era en su juventud una mujer alta, varonil, de ojos negros y á quien no intimidaban jamas las privaciones y los trabajos á que estaba expuesta al lado de su marido. Cuando enviudó contaba veintiseis años, era aún hermosa y hubiera podido contraer un segundo matrimo-

nio ventajoso; pero tenia una hija y concentró en aquella criatura todo el amor, toda la ternura que habia en su corazon; parecióla que admitiendo un nuevo amor defraudaria lo que le pertenecia á aquella niña, y quiso mas bien imponerse trabajos excesivos para obtener la manutencion, que asegurarle su porvenir con un padre extraño, que acaso no la hubiera amado. ¡Cuántos sacrificios heroicos de esta clase se ven diariamente!

Desde entónces aquella mujer, olvidándose completamente de sí misma, pasó los dias adorando á su hija, y las noches trabajando sin descanso para satisfacer todos sus gustos, para realizar sus deseos. La soledad en que la madre y la hija vivian hizo que aquel amor se aumentara hasta llegar á absorber las facultades todas de la primera, hasta convertirse en su vida. No es la primera vez que hemos observado esta clase de amores en las viudas; no parece sino que el cariño natural hácia un hijo reunen el amor que tuvieron al esposo; despues lo aumentan con la amistad que inspira el único ser que las acompaña en su aislamiento, y de esta manera de grado en grado, aquel amor llega á convertirse en una verdadera adoracion, en idolatría, en fanatismo. ¡Que vengan á hablarnos de amores heroicos, de amantes que han desafiado la muerte por ver un instante á su amada! ¿dónde habrá heroismo semejante al de esas mujeres que pasan dias y noches enteras con la aguja en la mano, inclinadas sobre el lienzo, silenciosas, resignadas, sin tomar descanso, consumiendo lentamente su vida, para proporcionar á su hija adorada un vestido, un adorno, un placer cualquiera?

Fuerte, robusta, enérgica la madre no quiso nunca que Magdalena lastimase sus blancas y preciosas manos con una aguja; su único placer consistía en adornarla de niña como una muñeca, y hé aquí cómo desde tan temprano se desarrolló en la muchacha un instinto de coquetería y de lujo que no pudo ménos de ir creciendo con la edad. ¿Qué le importaban á la madre los eternos dias de trabajo, y el cansancio y el hastío de su vida laboriosa, si veía feliz á Magdalena, si recibía en pago de sus afanes una sonrisa?

Pero á medida que los años pasaban, crecían las necesidades y la madre se fatigaba mas y mas; y entonces en vez de procurarse algun descanso trabajaba con mayor empeño, con mas constancia; prolongaba sus veladas y quitaba de su sueño las horas que el cansancio de sus manos empleaba de mas en sus tareas.

Algunas veces Magdalena, que tenía instintos buenos, al ver consumirse á aquella mujer en el improductivo trabajo de la costura, queria renunciar á sus costumbres de lujo, á sus trajes elegantes, al hábito que habia contraído de calzar siempre zapatos de raso, ó por lo ménos hacia fuerzas por ayudarla en sus tareas; pero la madre se oponía con ese egoísmo de los que aman con pasión, que quieren que se les deba todo, y ademas idolatraba de tal manera á su hija que positivamente no habia trabajo, ni privación que la arredrara con tal de ver á Magdalena contenta, con tal de verla brillar y atraerse los obsequios de cuantos la veían. ¿No era así como iba acostumbrando á aquella niña á que creyera que todos los homenajes le eran debidos? ¿No era así como la hacia insensible para

con los demas, como la enseñaba á exigir toda clase de sacrificios?..... Pero la madre no reflexionaba en esto; queria hacer á su hija feliz y no encontraba otro medio.

De esta manera creció Magdalena; mimada cuando niña, adulada desde que llegó á comprender que era hermosa. Su madre no sabia mas que repetírselo cien veces al dia; ¿cómo pues no habia de volverse un poco coqueta aquella muchacha?

Privada de una educacion grave y seria, cual debe ser en nuestro concepto la que se dé á las mujeres, todas las buenas facultades con que Dios habia dotado su espíritu y su corazon, quedaron atrofiadas, por decirlo así, por falta de cultivo, mientras que por el contrario se desarrollaban aquellas otras que tienen su origen en el amor propio, en el deseo inmoderado de brillar y gozar y en la coquetería.

La educacion de Magdalena se reducía á saber bailar con admirable perfeccion, á tocar la guitarra, á pintar una letra hermosa, pero poco correcta, y á prodigar, sobre todo, esas sonrisas que prometen mucho y no dicen nada.

Su instruccion la habia adquirido con la lectura de multitud de novelas, que si bien perfeccionaron la sensibilidad de su corazon, en cambio la hicieron adquirir mil ideas extrañas sobre la vida.

Mientras Magdalena permaneció envuelta en los velos de la niñez, todas estas cualidades estuvieron como ocultas; pero á medida que fué avanzando en la vida se dieron á conocer. Desde el dia en que cumplió diez y seis años, la casa de la viuda fué perdiendo poco á poco aquel

aire de soledad y silencio que ántes la distinguian. A Magdalena le gustaban muchísimo las amigas, las visitas, las reuniones, y la madre que se sentia feliz cada vez que satisfacía un nuevo capricho de su hija, hizo esfuerzos inauditos, para procurarse un ajuar bonito y dar un aire de alegría y de decencia á la sala de la casita en que vivian en la calle de San Camilo.

Entónces comenzó una vida nueva para Magdalena, una de esas existencias de orgullo y miseria en las cuales un triunfo cuesta largas horas de meditacion y de dolores. Un par de guantes nuevos, querian decir una velada mas de la madre, unos zapatos de raso blanco costaban algunas privaciones en el alimento diario, un vestido nuevo de muselina era el fruto de contratos onerosos en extremo. La madre despues de su trabajo diario pasaba aún muchas horas componiendo, variando la forma de los vestidos de Magdalena, disfrazándolos con el objeto de que la muchacha pareciera con diferente traje y no tuviera que ruborizarse de su pobreza delante de sus amigas. ¡Vanidad! ¡miserable vanidad! porque ¡cuántas veces bajo un túnico de gro de aguas llevaba Magdalena una camisa hecha girones.....!

Y entretanto que la madre consumia de ese modo su vida la jóven dormia soñando con los bailes á que era muy aficionada, sonriéndose con sus triunfos, y repasando en su memoria las palabras de amor que le dirigian á todas horas, y sin las cuales no hubiera podido vivir.

De esta manera pasaron algunos años, hasta el dia en que conocimos á Magdalena celebrando su cumpleaños en un dia de campo en Chapultepec.

Entónces la muchacha habia llegado al apogeo de su hermosura, miéntras que la madre estaba acabada y consumida por el contrario, como si tuviera veinte años mas de vida.

Faltábanle las fuerzas, estaba encorbada, iba perdiendo la vista, y si bien su afan, su empeño por trabajar eran cada vez mayores, iba conociendo que ya le era difícil, y preveía con terror el momento en que le seria del todo imposible. Entónces comenzó á pensar que era tiempo de que Magdalena buscara un marido: y por primera vez comprendió todo el mal que con su amor habia causado á la jóven.

¡Terrible fué aquel momento de reflexion, aquel momento en que brilló la luz ante sus ojos y comprendió que Magdalena, su hija adorada, su tesoro, su único bien, estaba al borde de un abismo! ¡Y pensar que ella era quien lo habia cavado; que ella era quien iba á hacer infeliz á aquella muchacha á la cual la naturaleza habia dado tanta hermosura como para asegurarla un lugar privilegiado en el mundo! y esto cuando todos sus esfuerzos habian tendido á hacer feliz á Magdalena, cuando para lograrlo habia consumido su existencia..... La pobre anciana, para quien la idea del deshonor era mas terrible aún que la de la muerte, lloró entónces lágrimas del corazon; pero en este momento vino Magdalena y ocultó su llanto por no affigirla.

Entónces la madre se puso á contemplar atentamente á su hija, y al ver aquel rostro tan alegre pero tan ingenuo, al notar el candor de sus miradas, la pureza de su frente, el abandono de la inocencia en toda su persona,

no pudo ménos de decirse que sus temores eran infundados. Busca con tanto afán el amor un pretexto para engañarse á sí propio. Hubiera sido tan desgraciada la anciana haciendo cambiar de vida á Magdalena, que apuró todas las razones que pudo hallar para no alterar el sistema que habian seguido.

Y la pobre viuda prosiguió trabajando de noche y de día.

Y Magdalena continuó siendo la reina de los bailes, el adorno de las fiestas, el objeto de los suspiros de todos los jóvenes.

### III.

(FRAGMENTOS DE UN DIARIO).

**D**IOS MIO! ¡Cuánto amo á esa mujer! Imposible me es guardar por mas tiempo silencio, porque temeria morir sofocado por las lágrimas que se aglomeran sobre mi corazon, por la angustia que me mata; y sin embargo lucho con la duda, con la timidez, porque ¿qué méritos puedo yo tener para alcanzar tan celeste ventura? ¿Cómo podré alimentar la ilusion de ser amado algun día, si me siento tan pequeño que creo moriria al llegar al cielo de esta dicha?

«¡Pero tengo tan profundamente grabada la imagen de esa mujer desde que la ví, que no podria arrancarla sin arrancarme el corazon!

«¡Cuántas noches de delirio!..... Yo creo que si esto no tiene un fin llegaré á volverme loco.

«¡Dios mio! Cómo quisiera yo tener á su lado los arrebatos y la energía que me consumen cuando estoy lejos de ella. ¡Oh! cómo caeria yo á sus piés y la diria: